

CUENTO

PRIMER LUGAR

UNA BOMBA BAJO LOS CALZONES

David Ojeda

seudónimo: Villagómez

Al banco de grandes vidrieras me gustaría que le pusieran una bomba bajo los calzones, pensé hace mucho tiempo y luego continué inflándome hasta que este día me pincharon tras una noche en que fue tranquila mi dormida, a no ser por el sueño que tuve de que se quema mamá la sears, sube a la azotea del edificio en el que vivimos varios años antes de mi sueño; ven y mira las llamas altas altas que el viento casi nos trae a la casa; sube madre y llama a mis hermanos antes que se me termine el sueño y nada quede para mostrarles esta atmósfera rojiza de madrugada, única diversión que tendremos en el edificio-fábrica cuyo dueño nos permite habitar un solo cuartito a cambio de barrer de los patios el polvo para hornear y de abrir la puerta cuando tocan los otros comerciantes.

Y el final del sueño raro se produce con el timbrado del teléfono exigiendo que me levante a contestar que bueno sí yo hablo y a oír las recomendaciones de Ramón de no salir mientras yo, medio dormido, pregunto por qué y luego quedo inmóvil y nervioso al escuchar que es que estallaron tres bombas: una en sears, otra en la calle hidalgo y la última en el banco nacional, el de las grandes vidrieras. En seguida me repite Ramón que hay que cuidarse y que no vayas a la escuela. Yo acepto su consejo y con movimientos inconscientes, de máquina, cuelgo el teléfono y regreso a la cama para recostarme sin dormir. Al cobijarme me pregunto cómo es posible que en esta ciudad tan reposada y ejemplar haya un cadáver que todavía tiene los cristales enterrados en el cuello. Ya cuando el calor de la cama nuevamente me envuelve comienzo a entender por primera ocasión la desgracia y el terror que se encierran en frases de película nos cogieron por sorpresa Wayne aún no puedo creerlo Dustin qué culpa tenía él Pancho. Veo el pánico y lo escucho otra vez en el teléfono es la amiguita de mi hermano deseando saber de él y después poniéndose a contarme cómo salió corriendo de la oficina cuando todo el hotel tembló y cómo las gentes pasaban gritando (algunas) que la guerra maldito comunismo. Yo la dejo hablar hasta que se cansa y se despide. Luego enciendo el radio para sintonizar una estación local en la que se dice que el gobierno del estado mantiene el control de la situación con la ayuda del ejército nacional y que se nos pide tranquilidad por parte del gobernador a quien imagino sentado en su despacho, muy atento a los informes que le llevan en tanto que su secretario particular duda si debe tener el arremolinamiento de mediocres personajes que hay en la antesala y que se observan unos a otros ahuyentando sus temores de que ojalá y no se nos venga un pedo grande encima, pues nos ahogaremos en los acontecimientos nosotros que estamos acostumbrados a la política sexenal de apuéstense a su gallo señores. Después sé a través de la misma estación de la rancherita que ya se han hecho algunas detenciones y estoy a punto de burlarme; pero me detengo al recordar las celdas de la preventiva y al ver a los pinches policías ensañándose con Julio, el estudiante del que nunca se ha sabido por qué es tan amigo del rector y de otras gentes y que junto con Hermilo nos quiso liderar en la huelga de hace un año. Y el radio sigue y sigue con

Sandro te propongo cuando llega mi hermano palidísimo, describiéndome la explosión del banco y el llanto de las mujeres y los gritos y los heridos y el polvo levantado y el estupor que yo vi en Gaby, la niña de la escuela de monjas que se apretaba la cara y la sacudía sin poder apartar los ojos del cuerpo de don José, el viejito que cambiaba los cheques con que pagaban las internas y que permanecía como abrazado a los escalones del banco, cubierto de vidrios, con la cabeza destapada y con los zapatos agujereados de tanto caminar para cobrar el dinero de las monjitas. Mi hermano prosigue con su plática mientras yo imagino tantas cosas: Armando constantemente sereno, racionalizando los hechos y encontrándose a Tere por la calle para asegurarle que era obra de la derecha y que él veía venir la cacería de brujas. Después yo lidio con la abuela que en su alegato deja claro que el gobierno es el culpable por la carestía de todita la comida; yo, haciéndome eco de Armando le respondo que fueron los ricos; que la culpa es de los ricos: esos señores que se la pasan dando órdenes desde su despacho con ventanas a un panorama de chimeneas, con los trofeos de caza colgados de las paredes: cabezas de leones o de sindicalistas y gafas rotas de universitarios. Y a medida que explico crece mi desesperación de ver a la gente asustada y al niño que quedó muerto en el carro esperando a su mamá. Luego escucho el ruido que no oí y veo las gotas de sangre que sin que yo haya mirado reflejan mi temor rojo rojo a los golpes y al expediente; con todo, me siento a comer y después salgo al patio para tomar el sol mientras me corto las uñas y cuento chistes a fin de que mi madre no tenga sus preocupaciones cuando yo vaya a preguntar por los amigos y a saludar a la novia luego con la acostumbrada pendejez, intentando hablar calmadamente; pero ella no puede permitirme destruirle su casa y su familia con todo su montón de antepasados castilleros cuyos lemas han sido el que no se esfuerza no triunfa el chiste es querer cada quien tiene lo que merece. Ella me dice que no tenía por qué buscarla para contarle tantas mentiras y tonterías, que bien pude haber permanecido encerradito en mi cuarto, que qué es esto de dar motivos de miedo a mi madre y a ella de pilón al andar en la calle investigando la libertad de los amigos, que para qué quiero pues teléfono recién instalado y que ultimadamente a ella nunca le han gustado esos borlotes, además, que si es así como cuidas nuestros planes. Yo no hago ningún esfuerzo para responder porque después de todo es bonito escucharla; así que la beso larguísimo, acariciándole la cara para hacerle saber que sí, que sí es verdad lo mucho que te necesito. Después me marcho a casa.

En el camino un niño anuncia la "Extra" y le compro el pedazo de papel para buscar dónde se informa ampliamente de cómo un romance fue víctima de tres bombazos, noticia enriquecida con las fotos de algún beso y de la sangre.

